

¿Cómo enfrentar la pobreza y la desigualdad?

BIBLIOTECA BERNARDO KLIKSBERG

XII La pelea por las percepciones y los valores



ciudad que su procesamiento, inventando falsos cargos, “da cuenta del margen de prejuicios que rodea la cuestión de quienes se dedican informalmente a la limpieza de cristales de vehículos en la vía pública”.

En las encuestas, los vecinos parece que tienen otra valoración que las de los legisladores que insisten en excluir mucho más a los excluidos. Según el Latino-barómetro 2011, en las ciudades argentinas, como en otras, consideran que son los muy ricos los que en mayor medida no cumplen con la ley y no los pobres.

5 El relegamiento de la inversión en cultura

Como lo demuestran los ejemplos referidos de la cultura, inciden activamente en el desarrollo de un país. Se debe invertir en ella, para fortalecer su calidad, su papel, y dar acceso real a todos los ciudadanos a sus diversas manifestaciones.

Sucedió lo opuesto en los '90 en Argentina y la región.

No causa asombro. El relegamiento de la inversión en fortalecer y democratizar las actividades culturales forma parte del conjunto de la ideología economicista ortodoxa.

Eso ha sido denunciado muy críticamente no sólo en América latina sino en los países desarrollados.

Una prominente economista, Françoise Benhamou, dice en su libro *Economía de la cultura* (1997), llamando la atención sobre la visión economicista de la cultura, que “sólo en aras del economicismo se puede

pretender justificar el gasto cultural en función de los recursos tangibles que éste puede generar como contrapartida. Las ganancias que la vida cultural le puede aportar a la colectividad no siempre cubren los gastos ocasionados. Evidentemente, el interés en estos gastos debe ser evaluado en función de otros criterios, que van más allá de la noción económica”.

La idea que impone la ortodoxia económica a nivel internacional es que la cultura debe ser rentable.

La tasa de retorno sobre la inversión tiene que ser im-

portante, porque sin ella no se justificaría la actividad cultural. En todo caso, tiende a dejar un pequeño circuito para que no protesten demasiado: las personas del mundo de la cultura que suelen ser muy contestatarias.

Benhamou enfatiza la negatividad de esta visión. Los beneficios que genera la cultura a la sociedad deben ser evaluados con otros criterios.

La necesidad de parámetros más amplios de evaluación del progreso humano es la que plantea en general el paradigma del desarrollo humano de la ONU y el reciente informe Stiglitz-Sarkozy sobre cómo medir el progreso de los países.

Benhamou sugiere: “Sería lamentable que en momentos en que la ciencia de la economía reconoce el valor de la dimensión cualitativa del objeto que están evaluando, los economistas se empeñen en tomar en cuenta solamente las repercusiones comerciales de la inversión cultural. Hay que quejarse del costo de la vida cultural, que en definitiva es realmente modesto, no habrá que ver en él el símbolo de una nación adulta y próspera”.

Su interrogante es muy concreto: ¿la cultura debe ser un tema más de las mediciones costo-beneficio o habrá que ver en lo que se dedica a cultura el símbolo de una nación que avanza?

Una de las cosas de las que puede enorgullecerse la región es que en diversos países de la misma ha habido resistencia cultural a la visión economicista de la cultura.

Este mantener viva la llama de la cultura en medio de condiciones muy adversas, a través de expresiones de cultura masiva, que han generado permanentemente estas sociedades, como el teatro independiente, el humor crítico, nuevas generaciones de escritores jóvenes, las protestas a través de la música, los coros, el arte, y muchísimos espacios creativos no convencionales, son los signos de naciones que “pueden llegar a ser adultas y prósperas”.

Pierre Bourdieu (1986), el gran pensador francés, escribió que “la ausencia de la cultura se acompaña generalmente por la ausencia del sentimiento de esta ausencia”.

Esto sucedió en la región en los '80 y '90. Por una parte, el relegamiento y la marginación de la cultura, el corte de presupuestos y la reducción de los espacios para la cultura popular, el dejar lugar sólo para la satisfacción de demandas culturales de los grupos sociales más acomodados.

Por otro lado, la ausencia de la cultura fue acompañada por slogans y argumentos que desvalorizaban explícita o implícitamente la acción cultural, propiciando borrar los sentimientos por la ausencia de políticas culturales orgánicas.

6 Fortaleciendo una cultura para un modelo de desarrollo inclusivo

¿Qué se puede hacer en el plano cultural frente a la situación en la que se encuentra la región? En primer lugar, es necesario superar algunos razonamientos que han formado parte del cuadro que condujo a ella.

Así, se necesita una propuesta diferente sobre el modelo de desarrollo.

Se ha llegado a convencer a amplios sectores de que no hay propuestas alternativas al neoliberalismo ortodoxo. Se lo quiso hacer pasar como el único pensamiento posible.

El Nobel Amartya Sen (1998) llama al modelo ortodoxo, el modelo de “sangre, sudor y lágrimas”. Explica que es irreal que haya un solo modelo económico. Hay diversos. Hay un modelo nórdico, un modelo del Sudeste Asiático, un modelo económico de Europa Occidental, un modelo chino, un modelo de Canadá, un modelo de los Estados Unidos, cada sociedad de acuerdo con su historia.

El campo de la cultura puede tener un peso muy importante en ayudar a recrear un modelo de desarrollo integral.

Ese modelo avanza en las economías más exitosas, como las de los países nórdicos y hoy en Argentina y América latina.

Está basado en valores como la solidaridad, la equidad, el civismo, la responsabilidad por el otro, el cuidado del medio ambiente y otros, ha generado amplia inclusión social, equidad y eliminación de la pobreza.

Es muy importante que la existencia de modelos alternativos resuene en el campo de la cultura. Que allí se logre propiciar un debate más abierto, plural y de mejor calidad sobre políticas que permitan superar mitos como los circulantes y cultivar una cultura de solidaridad y de cooperación.

En segundo lugar, las políticas culturales pueden aportar mucho. Es fundamental para ello que las buenas intenciones sobre la cultura se plasmen en políticas concretas. Eso parte de que el presupuesto para cultura sea digno de “una nación adulta y civilizada”, como decía Benhamou.

Es preciso conectar sistemáticamente la acción entre las políticas sociales, económicas y culturales. En un modelo de desarrollo integrado, la cultura puede ser un camino muy potente para reforzar todo lo que se debería hacer en el campo de la acción social.

Los niveles de exclusión heredados de los modelos neoliberales son muy amplios en la región. La exclusión es un fenómeno complejo y produce el aislamiento de la persona, un descenso de la autoestima personal, daños psicológicos.

Si se ponen en marcha políticas culturales activas,

con un respaldo público fuerte, orientadas a amplios sectores desfavorecidos, la cultura puede ser un camino hacia la inclusión totalmente reforzante de los otros caminos.

Lo que puede hacer la participación cultural en devolución de la autoestima de grupos marginados es de mucha relevancia.

Los seres humanos pueden perder todo, pero son portadores de cultura. Incluir activamente en las políticas culturales a los grupos marginales excluidos, como entre otros los indígenas, los afroamericanos, los discapacitados, es un camino para devolverles autoestima colectiva. El respeto y la movilización de su cultura revalorizará a las personas y al grupo.

Asimismo, la cultura puede jugar un papel clave en la recreación de lazos de asociatividad. La sola idea de la cultura implica la de acción colectiva. Es significativo cómo, a pesar de la propaganda masiva de las ortodoxias neoliberales por el individualismo y la competencia a ultranza, un movimiento histórico basado en principios opuestos, la suma de esfuerzos y la cooperación, el cooperativismo, ha logrado seguir progresando.

Las cooperativas tienen actualmente más de 850 millones de asociados. Cerca de 3000 millones de personas dependen de ellas. Están presentes en las áreas más diversas, como el ahorro y crédito, el consumo, los seguros mutuos, la producción, las viviendas y muchas otras.

7 El subdesarrollo, ¿un estado mental?

Ciertos especialistas de sociedades desarrolladas suelen decir que el subdesarrollo es un estado mental. Esta es una ideología que ha circulado bastante en América latina. Según ellos, la región no tiene chance, por eso, de construir nada parecido a lo que sociedades desarrolladas hacen en diversas áreas, como la participación amplia de la comunidad, el civismo, los valores de trabajo y otros semejantes.

Nuevamente es un constructo cultural falaz, para eludir discutir sobre relaciones de dependencia, deuda externa, condicionamientos de organismos financieros internacionales, prácticas desleales en el comercio internacional, y otros factores causantes de subdesarrollo, movilizadas desde los países ricos y las elites.

La realidad desmiente estas simplificaciones. América latina tiene enormes potencialidades culturales. Ellas han permitido el desarrollo de experiencias que son referentes mundiales, como el Presupuesto Municipal Participativo de Porto Alegre, el Municipio Autogestionario de Villa El Salvador en el Perú, el Sistema de Orquestas sinfónicas juveniles de Venezuela, y múltiples experiencias argentinas.

Cuando nos dicen que el subdesarrollo es un estado mental, y América latina tiene culturas inferiores, corresponde rechazar de pleno esta falacia.

No hay inferioridad de ninguna índole. La cultura latinoamericana es densa y plena en valores positivos, en contenidos relevantes, en solidaridad, en potencialidades para la participación y otras formas de acción colectiva. Y esto crea condiciones muy concretas para poder movilizar experiencias de este tipo y otras semejantes en diversos terrenos.

El malestar en la cultura, como lo llamó Freud en su célebre obra, es muy profundo hoy en el mundo rico. La ética de la insolidaridad, de la pérdida de responsabilidad por los otros, del debilitamiento salvaje de las políticas públicas y la acción colectiva, está avanzando empujada por las elites, y cunde la protesta y la desesperanza.

En América latina, y en la Argentina, progresa hoy la ética contraria y ha renacido a pleno la esperanza colectiva.

La pelea por la cultura es una de las áreas críticas en donde se libra esta lucha entre éticas. Fortalecer una cultura centrada en valores como equidad, inclusión, democratización y coherencia ética es fundamental para profundizar el modelo inclusivo en marcha.